

## Mi segunda primera comunión. Por Braulio G. Bautista

Junes, 07 de enero de 2008

Modificado el miércoles, 31 de diciembre de 2008

### MI SEGUNDA PRIMERA COMUNIÓN

Yo fui  
uno de los últimos de mi muchachada en  
hacer lo que heréticamente se conocía a por entonces como «La Primera Comunión». Debía de andar  
entre los quince y los diecisésíos años, o sea, que ya hacía como unos ocho que  
había recibido- vestidito de gris, con un breviario con tapas de imitación de  
nájcar y un rosario enredado en las enguantadas manos- mi «PRIMERA» PRIMERA  
COMUNIÓN- me refiero a la de verdad: a  
la de don Bruno y Don Fernando (los curas Quintana)-. Por Braulio G. Bautista.

"MI SEGUNDA PRIMERA COMUNIÓN"Por Braulio García Bautista.

Yo fui  
uno de los últimos de mi muchachada en  
hacer lo que heréticamente se conocía a por entonces como «La Primera Comunión». Debía de andar  
entre los quince y los diecisésíos años, o sea, que ya hacía como unos ocho que  
había recibido- vestidito de gris, con un breviario con tapas de imitación de  
nájcar y un rosario enredado en las enguantadas manos- mi «PRIMERA» PRIMERA  
COMUNIÓN- me refiero a la de verdad: a  
la de don Bruno y Don Fernando (los curas Quintana)-.

¿Y

entonces, si ya la había hecho a los ocho, por qué repetirla a los 16? Bueno,  
todo tiene su explicación: en la primera - después de pasar por la preceptiva  
catequesis- yo recibí- el sacramento de la Eucaristía; y en la segunda- sin cursillo de orientación, sin «catequesis»  
previa- lo que recibí- fue mi bautizo sexual completo! Así- de irreverentes  
Áramos por entonces en aquel noroeste agreste y cerrilé! ¡Imira que llamar de esa  
manera a una «puesta de largo» en tan pecaminosas lides!

Tuve que

vender mi mejor «casaré» de palomas  
ladronas para conseguir los 8 duros, cuarenta pesetas de las de entonces, que  
me costó mi primer encame con una «edama», porque, aunque ya había tenido algunos balbuceantes  
escarceos, jamás había coronado! Todas las pibitas con las que había estado,  
llegado el momento de los toqueteos, te decían muy solemnes: «Del  
omblio pa'riba lo que t'quieras, pero del ombligo pa'abajo ni se te ocurra,  
lo guardo para el día que me case, ¿oiste?».

Aunque

nunca he sido muy meapilas, confieso que, mientras me acercaba al lugar donde  
se iba a consumar mi iniciación, me  
debataba entre el miedo a condenarme para siempre, de arder en las calderas de  
Pedro Botero por una «ETERNIDAD»- ese era un concepto que por entonces me  
aterraba, porque no iban a ser 50 años  
achicharrándome en aceite hirviendo, ni 1250, ni siquiera 6660! estabamos  
hablando de la jodida E T E R N I D A D-  
y el deseo natural de conocer hembra;  
de folgar; de yacer !

Los

curas, que anatemizaban desde los pÃ³lipos, al calor de aquella posguerra tan favorable, sobre todo lo que significase trasgresiÃ³n de los rÃ-gidos mandamientos de la Iglesia de Roma, le metÃ-an a uno el miedo en el cuerpo, pero al final pudo mÃ¡s la sabia naturaleza, el alboroto hormonal y, sobre todo, la curiosidad. AsÃ- que, con Roberto Santiago (Gobeto el de Esteban) y Roberto Ayala (el segundo de â€œlos tres locos de Don Rafaelâ€•) como padrinos, una noche cualquiera de aquellos tiempos de opresivo oscurantismo, me desvirgaron en el Barranquillo de GÃ¡ldar.

#### Mi introductora

en la cosa del ayuntamiento carnal, fue una tal Margarita, apodada -vaya usted a saber por quÃ©- â€œLa Yegua Blancaâ€•. A esta seÃ±ora probablemente tenga yo que agradecerle el no sufrir ninguno de esos trauma que se originan en los desfloses poco placenteros. Fue tan gentil, tan comprensiva y cariÃ±osa, que salÃ- de su catre con la impresiÃ³n de que habÃ-a pasado el examen con nota alta, y eso, a tan tierna edad, sirve de mucho para la cosa de la autoestima.

#### La cueva

donde ocurrieron los hechos estaba â€œalbiadaâ€• â€“ que no es lo mismo que albeada o enjalbegada, que dicen por el Continente- y sus toscas paredes aparecÃ-an llenas de imÃ¡genes de santos y fotos coloreadas a mano. Sobre el cabecero de la cama, sin ir mÃ¡s lejos, habÃ-a un cuadro de JesÃºs con los brazos abiertos con su corazÃ³n en relieve, extracorpÃ³reo y sangrante, ante el que tuve que cerrar los ojos para poder iniciar mi debut carnal.

#### Previamente,

Margarita, mientras se desnudaba, me preguntÃ³ que si era mi primera vez, a lo que yo asentÃ- algo avergonzado; despuÃ±s quiso saber si era â€œcaballero cubiertoâ€•â€¡ y al ver mi cara de estupor al no entender quÃ© me preguntaba, se alongÃ³ a travÃ±s de la cama hasta coger una palmatoria con un cabito de vela que titilaba dÃ©bilmente sobre una de las cajas de Fundador Domecq que le servÃ-an de mesitas de noche, y se dispuso comprobarlo por si misma. Estuvo lo que me pareciÃ³ una eternidad hurgando en mi zona pudenda y luego, con una satisfecha sonrisa en su boca pintarrajeadas, se tendiÃ³ y me hizo seÃ±as para que me acercara a su cuerpo blanquecino y flÃ¡ccido.

#### Cuando

estaba tendido a su lado, antes de entrar en faena, me espetaÃ³ con cierta brusquedad: â€œÂ¿Y de quiÃ±o sos tÃº, bichillo?â€•, yo le dije que era de GuÃ-a, pero que mi tÃ-o, Carlos Bautista (q.e.p.d.) era el alcalde de GÃ¡ldar, lo que, aparentemente, no le impresionÃ³ en lo mÃ¡s mÃ-nimo.

#### DespuÃ±s

del rÃ¡pido â€œbautizoâ€•, Margarita tomÃ³ un caldero desconchado, vertiÃ³ agua en una palangana y procediÃ³ a lavarme cuidadosamente. Luego, de un montoncito apilado en una de las â€œmesitas de nocheâ€•, cogiÃ³ un paÃ±ito de â€œcetoballaâ€•, de aquellos que usaban las fÃ©minas cuando aun no habÃ-an llegado las compresas y los tampaxs, y me secÃ³ con el mismo esmero conque me habÃ-a lavado.

#### Una vez

vestido, se asomó a la puerta de la cueva, descalza, en «combinación» y con una pañueloleta por los hombros, para asegurarse de que no había moros en la costa, y, dándome una nalgadita, me dijo «Vuelve cuando quieras, mi niño», mientras me franqueaba la salida a la fresca noche y al mundo de los pecadores.

### Esa

primera visita a una casa «de lenocinio y perdición» como decían los predicadores que venían desde fuera a despertar las conciencias dormidas de los del pueblo- tuvo algunas consecuencias:

alguien le fue con el cuento a mi madre y esta le pidió a mi padre que «me sentara» y me hablara seriamente. Ya había oído cuchichear en la habitación de al lado, así- que cuando mi padre se inclinó sobre mi cama, ya sabía de que iba la cosa y, previendo lo peor, me hice el dormido. El viejo me sacudió suavemente y cuando «desperté», me preguntó mirándome inquisitivamente a los ojos: «¿Dónde estuviste el domingo por la noche?». «Fui al cine Guayres a ver una película de Cantinflas»- le respondí-. Y como volviste de Gaines a Guayaquil, caminando?... «Sí», caminando-. «Por la carretera o por el barranco?». «Por el barranco». «Por el barranco?». Le respondí- con un hilo de voz-. (SILENCIO) «Y pasaste por el Barranquillo?». «No me atreví- a contestar a esa pregunta, me limité a asentir levemente con la cabeza». (SILENCIO MÁS LARGO) «Y te ocupaste?». «... -me preguntó Antónito el del Molino, intensificando la mirada escrutadora que tenía puesta sobre mis desorbitados ojos-. Yo, asustado, me limité a repetir el mudo asentimiento». «Y con quién te ocupaste, si puede saberse?». «Con una que se llama Margarita». «- le dije esperando el

guantazo en cualquier momento- «Con la Yegua Blanca?». - indagó incrédulo mi padre- y al yo asentir otra vez con la cabeza, exclamó: «Pero coño, si esa tiene más años que Matusalén! si puede ser tu abuela, carajo!». Bueno mira: tu madre está muy preocupada, porque no sé si sabes que puedes trancar un montón de enfermedades en esos sitios, así- que la próxima vez, si me entero que has estado putiendo, vamos a tener un problema!». «Estás muy joven tanto como para que te me conviertas en un putaero». «¿Estamos?». (SILENCIO) «Ah, - me dijo mientras abría la puerta del cuarto, sin volverse- si te sientes picores o cualquier cosa «por ahí- debajo» me lo dices, ¿eh?... para llevarte corriendo a casa de Don Ramón el médico y a casa Chanito pa que te inyecte unos cuantos millones de unidades de penicilina» y eso fue TODO.

### Tengo la

impresión de que mi padre me lanzó esta suave amenaza porque mi vieja lo estaba oyendo todo desde la otra habitación, porque ni su semblante ni su voz mostraban «lira». Creo que hasta, en el fondo, se alegró de mi iniciación, de mi desembarco en el mundo de los machitos- o en la jarra de los pequeños críspulas, como diría cualquiera de aquellos santos varones de la Adoración Nocturna-.

### Ha dicho